



SERIE TIEMPO DE BUSCAR

¿Cómo se vive la vida cristiana?



CONTENIDO

Nadie dijo que sería fácil.....	2
¿Está perdiendo el tiempo....	3
¿Quién debe decirle qué hacer	4
El plan de Pedro	
<i>La parte de Dios</i>	5
<i>Nuestra parte</i>	6
<i>Los siete pasos</i>	8
Los resultados de los siete pasos	23
Lo que los siete pasos no son.....	24
¡Cuidado! Hay peligro ahí fuera.....	25
Lo que la historia nos enseña	26
Cómo resolver problemas de la vida cristiana.....	30
Poder para vivir	31
Precaución: Una vía.....	32

¿CÓMO SE VIVE LA VIDA CRISTIANA?

¿Cómo se vive la vida cristiana? ¿Cómo se «anda en el Espíritu»? ¿Cómo dejamos «que Cristo viva Su vida por medio de nosotros»? ¿Qué tiene que hacer el cristiano para crecer y madurar? Éstas son preguntas que nuestro personal ha tenido muy presentes al escribir este librito. Es nuestra oración que le ayude a comprender lo que la Biblia tiene que decir acerca del mayor privilegio del mundo: el de vivir la vida cristiana.

Martin R. De Haan II

NADIE DIJO QUE SERÍA FÁCIL

«¡Me rindo! Por mucho que lo intente, no puedo vivir la vida cristiana». ¿Le suenan familiares estas palabras? Fueron pronunciadas por un joven cristiano que no sabía qué hacer.

¿Y usted? Como creyente en Cristo, ¿se siente abrumado a veces por una sensación de fracaso y frustración? Pues bien, no es el único.

Cristiano joven:

«¡Me rindo!».

Cristiano maduro:

«Mientras más avanzo, más consciente me hago de lo rebelde que es mi naturaleza».

Pablo: «Lo que quiero hacer, no lo hago; y termino haciendo lo que no quiero hacer».

Pedro: «El diablo nos acecha».

Jesús: «El espíritu está dispuesto, pero la carne es débil».

La vida cristiana no sucede por casualidad. Un padre lo expresó bien al decirle a su hija: Querida, si te dieras cuenta de lo difícil que es la vida, las cosas serían mucho más fáciles para ti. Pero ¿qué significa eso? ¿Tenemos que apretar los dientes, cerrar los puños y plantarnos tercamente con la esperanza de soportar la vida cristiana? ¡Nada de eso! No hay privilegio mayor que el de conocer a Cristo, andar con Él, y experimentar su poder. No hay mayor privilegio que hacer lo que sea necesario para experimentar la vida más satisfactoria y gratificante de todas.

Es por eso que tenemos que disponernos a la conquista. Necesitamos un plan. Y tenemos que dedicarnos a poner en práctica ese plan.

¿ESTÁ PERDIENDO EL TIEMPO?

Hay varias maneras de enfocar la vida cristiana que no dan resultado. Por ejemplo:

1. No intente vivir la vida cristiana si no ha aceptado personalmente a Cristo como Salvador y Señor. Ese es el primer paso. Si no está seguro de haberlo hecho, pase a la página 32 para que lea una explicación de cómo hacerlo.

2. No trate de vivir la vida cristiana confiando únicamente en su capacidad de cumplir las reglas. Esa fue la razón por la que Pablo escribió a un grupo de «observadores de la ley» preguntándoles si realmente creían que podían terminar con esfuerzos humanos lo que habían comenzado confiando en el Señor (Gálatas 3:1-5).

3. No trate de vivir la vida cristiana simplemente haciendo un peregrinaje semanal a la iglesia. Es importante reunirse con el pueblo de Dios (Hechos 10:25). Pero la vida cristiana no es un acontecimiento para una vez a la semana, sino una relación diaria con Dios.

4. No trate de vivir la vida cristiana limitándose a hacer el bien. Es demasiado general. Para el que opta por esto no hay suficientes horas en el día para hacer todo lo que quiere lograr. Recoge personas en la carretera para transportarlas, envía dinero a Etiopía, da donativos a diversas causas, regala su ropa usada a los pobres, y participa en marchas contra el aborto. Todo esto es digno de encomio, pero no es suficiente.

¿QUIÉN DEBE DECIRLE QUÉ HACER?

¿Quién querría usted que le dijera cómo vivir la vida cristiana?

¿Una persona con experiencia? ¿Una persona con conocimiento? ¿Una persona comprensiva? ¿Una persona enviada por Dios? ¿Una persona concisa? Si eso es lo que quiere, Pedro es el tipo de consejero y maestro que busca. Tiene una amplia experiencia, pues pasó por todo lo que significa ser cristiano.

- Pedro era uno de los doce discípulos originales.
- Pedro pertenecía al «círculo íntimo» de Cristo.
- Pedro conoció la emoción del éxito.
- Pedro conoció la angustia de la derrota.

- Pedro caminó sobre las aguas.
- Pedro fue testigo del poder de Cristo.
- Pedro presenció la venida del Espíritu.
- Pedro hizo milagros.
- Pedro llevó a muchos a la fe en Cristo.

Cuando Pedro estaba a punto de morir por su fe (2 Pedro 1:14), escribió e hizo circular una carta en la que dice lo que había aprendido sobre cómo vivir la vida cristiana. En pocas palabras, este discípulo, soldado y amigo de Cristo 1) describe la parte de Dios, 2) explica cuál es nuestra parte, incluyendo siete pasos a la madurez espiritual, y 3) promete el éxito a todos los que quieran seguir este plan.

Echemos un vistazo al plan de Pedro para el crecimiento espiritual.

EL PLAN DE PEDRO

LA PARTE DE DIOS: Poder y promesas

seguros de que ya nos ha dado todo lo necesario para llevarlo a cabo.

Nos ha dado:

- Un portavoz que nos escribe en su nombre (v.1).

LA PARTE DE DIOS: Poder y promesas						
1.	2.	3.	4.	5.	6.	7.

En 2 Pedro 1:1-4 aprendemos que el Señor no espera que vivamos apoyados en nuestra propia fortaleza ni conocimiento. Nos ha dado su poder y ha prometido ayudarnos. Si quiere que caminemos sobre las aguas, que movamos un monte, que vencamos la tentación, que perdonemos a alguien, que mostremos amor o que conduzcamos a alguien a Cristo, podemos estar

- Un Salvador para rescatarnos (v.1).
- La capacidad de confiar en Dios (v.2).
- La oportunidad de conocer a Dios (v.2).
- Un Señor para guiarnos (v.2).
- Una fuente de inmerecida ayuda y paz (v.2).
- Una fuente de conocimiento (v.3).
- Una fuente de poder (v.3).
- Una invitación a la excelencia (v.3).

- Una serie de promesas de incalculable valor (v.4).
- Un camino para conocer a Dios (v.4).
- El rescate de la corrupción (v.4).

NUESTRA PARTE: Fe y diligencia



Pedro, sabio tanto en las cosas celestiales como en las terrenales, sabía que el cristiano nunca logrará el éxito si se limita a ser espectador. Sabía que nunca podremos experimentar el gozo de la vida cristiana siendo simplemente admiradores de Cristo. Por esa razón, Pedro pasa

a darnos un plan para vivir con éxito la vida cristiana.

Pero antes que consideremos los siete pasos del plan de Pedro en los versículos 5 al 7, echemos un vistazo a dos requisitos previos que son responsabilidad nuestra para vivir la vida cristiana con éxito:

Fe = confianza, plena seguridad en Dios

Diligencia = esfuerzo para llevar a cabo nuestra parte

Confianza + esfuerzo
= éxito

Tenga esto presente: los siete pasos de Pedro están basados en la fe o la confianza en Dios. Pero

la confianza sola no es suficiente. Queda activada sólo cuando se combina con la diligencia. Y la diligencia, también inadecuada en sí misma, tiene que ir combinada con la confianza en Dios.

Lo que esto significa es que la diligencia y la fe son dos caras de un misterio. No sabemos cómo funciona todo ello, pero ambas deben estar presentes si hemos de lograr el éxito espiritual.

Los que destacan la importancia de vivir «la vida de Cristo» frecuentemente pasan por alto esta combinación. Son demasiados los cristianos que adoptan una actitud pasiva esperando que el Espíritu los mueva. Nunca hacen nada grandioso para Dios porque nunca aceptan el reto. Pero es precisamente ese esfuerzo personal lo que Pedro declara que es nuestra parte. Como portavoz de Dios llama a la diligencia, al esfuerzo, al

celo, a lanzarse a la acción y a no cesar.

Pedro no era el único que pensaba así. El apóstol Pablo llama a lo mismo cuando les dice a los que ya han confiado en Cristo:

Por tanto, amados míos, como siempre habéis obedecido, no como en mi presencia solamente, sino mucho más ahora en mi ausencia, ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor, porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad (Filipenses 2:12,13).

De lo que se trata aquí no es de trabajar para obtener salvación, sino porque ya se tiene. Debido a que hemos sido salvos al confiar en Cristo, ¡qué decididos y diligentes deberíamos ser para servir con gratitud al Dios que nos salvó!

Así, consideremos bajo esta luz el pasaje de 2 Pedro

1:5-7 y demos los siete pasos que comienzan con la fe diligente.

LOS SIETE PASOS: PASO 1: La fe diligente necesita virtud

dominio propio y otros— y que Pedro agrega.

Pedro buscó en la cultura pagana en la que vivía una palabra general, no técnica y básica que denotara la bondad, y empleó para ello la palabra «virtud». Aquí



Pedro escribió: «[...] poniendo toda diligencia por esto mismo, añadid a vuestra fe virtud». Otras traducciones y comentarios traducen la palabra «virtud» como «bondad» o «excelencia moral». Pero el contexto muestra que tenemos que ver esta bondad en una forma básica. Tiene que ser una forma de bondad que preceda a los pasos que siguen —el conocimiento, el

en el versículo 5 parece tener el sentido de buenas intenciones. Este significado concuerda con el resto de las Escrituras, lo que nos muestra que la verdadera fe da como resultado el deseo de hacer la voluntad de Dios, de agradarlo y de hacer lo correcto. ¿Y acaso no es ahí donde comienzan la excelencia moral y la verdadera bondad? Antes de poder

hacer algo tienes que desear hacerlo.

Esa es la «virtud» o la inclinación hacia el bien que espera todo padre, maestro y patrón. Todos buscan a un niño, un estudiante o un empleado que quiera hacer lo correcto. Sin esta disposición interior no puede haber ninguna instrucción nueva, no se profundiza la relación ni se madura en la confianza. A no ser que uno tenga un deseo genuino de hacer lo correcto, todo progreso se detendrá.

Parece básico, ¿no? Pero eso es lo que Pedro quiere que recordemos. El primer paso en la fe diligente es querer ir en dirección a lo bueno. Y si es así, ¿qué está haciendo con esto tan básico? ¿Procura la virtud con pasión? ¿Está poniendo toda diligencia para tener buenas intenciones? ¿Se está tomando en serio las palabras de nuestro Señor: «Bienaventurados los que

tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados»? (Mateo 5:6).

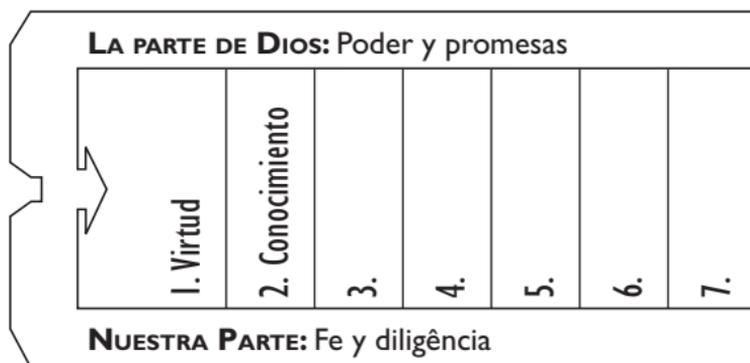
¿Qué le parece?

- ¿Quiere hacer lo correcto?
- ¿Quiere agradecer a Dios?
- ¿Quiere andar con Cristo?
- ¿Quiere ser guiado por el Espíritu?
- ¿Quiere vencer sus pecados habituales?
- ¿Quiere dedicar más tiempo a leer la Biblia?
- ¿Quiere dedicar más tiempo a la oración?

Sin buenas intenciones como estas, nunca llegará a ninguna parte en la vida cristiana. Pero al mismo tiempo sabemos lo incompletas que son las buenas intenciones en sí mismas. Si lo único que tenemos son buenas intenciones, ese es un comienzo bien pobre. Por eso Pedro pasa a exponernos el siguiente paso.

PASO 2: La virtud necesita conocimiento

Vayamos al grano.
¿De verdad quiere hacer lo



El segundo paso en el plan de Pedro para el crecimiento cristiano es añadir conocimiento a nuestras intenciones. Nótese la relación natural entre la virtud y la necesidad del conocimiento. Es lógico. Una vez que tenemos el deseo de hacer lo correcto es necesario saber qué es lo correcto.

Además, de la misma manera que el deseo de hacer lo correcto es una buena prueba de nuestra fe, procurar el conocimiento constituye una prueba válida de nuestras buenas intenciones.

correcto? Entonces, ¿cuánto tiempo pasa leyendo las Escrituras? ¿Cuánto tiempo invierte en recordarse las palabras, los pensamientos y los deseos de Dios?

Fíjese que el Salmo 1 trata de ambas cosas: de la virtud y el conocimiento. Ahí escribió el salmista hebreo:

Bienaventurado el varón que no anduvo en consejo de malos, ni estuvo en camino de pecadores, ni en silla de escarnecedores se ha sentado; sino que en la ley de Jehová está su delicia, y en su ley

medita de día y de noche
(Salmo 1:1,2).

Recuerde, el corazón humano es engañoso. Si no queremos hacer lo correcto nos engañaremos a nosotros mismos. Nos convenceremos de que tenemos mejores cosas que hacer que ir en pos del conocimiento, la comprensión y el discernimiento mediante el estudio de la Palabra de Dios.

O podríamos pasar nuestro tiempo con cuestiones e ideas discutibles, empleándolas para eludir una reflexiva meditación en los verdaderos asuntos de nuestra relación con Dios y con el hombre. Esa es la razón por la que haya tantos «expertos» entre nosotros en cuestiones como la soberanía de Dios, sus decretos, detalles proféticos y tradiciones legalistas, en tanto que seguimos siendo toscos de espíritu y orgullosos.

Debido a estos peligros, asegurémonos de que conocemos las cuestiones esenciales. Por ejemplo, de que:

- Sabemos cómo es Dios (Éxodo 34:4-7; Juan 4:24).
- Sabemos lo que Dios ama (Salmo 37:28; 146:8; Juan 14:23; 15:9; 2 Corintios 9:7).
- Sabemos lo que Dios aborrece (Salmo 5:5; Proverbios 6:16-19; Isaías 61:8).
- Sabemos quién es Cristo (Isaías 9:6; Juan 1:1-14; 8:58; Romanos 1:3,4; Hebreos 1:1-14; Apocalipsis 1:5,17,18).
- Sabemos lo que Cristo hizo por nosotros (Isaías 53:1-12; Mateo 20:28; Juan 10:11; Romanos 4:25; 1 Corintios 15:3,4; 1 Pedro 1:17-21; 1 Juan 2:2; Apocalipsis 1:5,6).
- Sabemos quiénes somos en Cristo (Efesios 1:3-14).

- Conocemos sus recursos espirituales (2 Pedro 1:3,4).
- Conocemos la importancia de la oración (Filipenses 4:6,7; Santiago 4:2,3; 5:16-18).
- Conocemos la importancia de la comunión en una iglesia (Hebreos 10:24,25).
- Conocemos la importancia de hablar a otros de Cristo (Mateo 28:19; Hechos 1:8).

No hay nada como el conocimiento y el entendimiento. Salomón nos enseñó que los procuráramos de todo corazón cuando escribió: «Bienaventurado el hombre que halla la sabiduría, y que obtiene la inteligencia; porque su ganancia es mejor que la ganancia de la plata, y sus frutos más que el oro fino» (Proverbios 3:13,14).

Pero esto suscita otra cuestión. El estilo de vida de Salomón nos recuerda

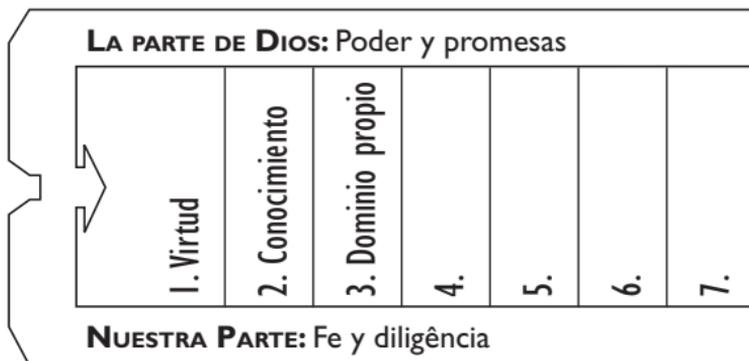
que el conocimiento no es suficiente. Porque aunque Salomón era el hombre más sabio de su época, arruinó su vida conquistando mujeres y contrayendo matrimonio con cientos de ellas, y multiplicando sus riquezas personales en violación al mandamiento de Dios. Por eso Pedro nos dijo que diéramos el siguiente paso.

***Bienaventurado
el hombre que
halla la sabiduría,
y que obtiene
la inteligencia;
porque su ganancia
es mejor que la
ganancia de la
plata, y sus frutos
más que el oro fino.***

—Proverbios 3:13,14

PASO 3: El conocimiento necesita dominio propio

Corintios, Pablo escribió que el conocimiento en sí mismo tiende a enorgullecer



A continuación Pedro dice que al conocimiento tenemos que añadir dominio propio. Nótese de nuevo la relación entre los dos conceptos. Pedro erige metódica y deliberadamente una idea sobre la otra. Aquí muestra que el conocimiento es incompleto sin la práctica. Muestra también que el conocimiento es un medio para la conducta correcta y no un fin en sí mismo.

Pablo estuvo de acuerdo. En el octavo capítulo de su carta a los

a la gente. «El conocimiento envanece», dice él (v.1).

Santiago estuvo de acuerdo. Escribió en su carta que la fe sin obras es muerta (2:17,20,26). Señala que cualquiera que posea conocimiento sin actividad se engaña a sí mismo.

Cristo estuvo de acuerdo. Enseñó que el hombre sabio no es el que se limita a oír, sino el que oye y pone en práctica lo que Dios le manda hacer (Mateo 7:24-27).

Esto significa que tenemos que mostrar toda

diligencia para poner en práctica lo que sabemos. El conocimiento no es un fin en sí mismo. A semejanza de la fe, la diligencia y la virtud, el conocimiento es un medio crítico y estratégico para lograr un fin. Es un peldaño más en la escalera de la fe.

¡Pocas cosas hay más patéticas que un cristiano que conoce todas las respuestas, pero cuya vida está echada a perder! Y sin embargo sucede. Con frecuencia, personas que conocen a fondo la doctrina y la historia de la Biblia se ven vencidas por el orgullo, la ira, la concupiscencia, la amargura, la envidia, la infidelidad, el engaño, la glotonería, el alcoholismo, la codicia o la dilación. ¿Por qué? Porque el dominio propio no es meramente una cuestión de esfuerzo personal. El dominio propio en asuntos del Espíritu es un fruto del Espíritu (Gálatas 5:23). Y

es sólo cuando una persona está edificando sobre la fe, la virtud y el conocimiento de lo correcto que puede esperar tener su cuerpo y su alma bajo control.

Salomón, que dejó que su vida quedara gobernada por sus apetitos sexuales, debió haber mostrado un mayor conocimiento. De hecho, tenía más conocimiento que el que mostraba porque en un momento determinado escribió: «Mejor es el que tarda en airarse que el fuerte; y el que se enseñoorea de su espíritu, que el que toma una ciudad» (Proverbios 16:32). Pero no es suficiente saber lo que Dios quiere que hagamos. Ni tampoco es suficiente pensar y meditar en ello. Debemos llevarlo a cabo.

Por otra parte, hacer lo bueno tampoco lo es todo. La mayoría de nosotros ha escuchado la fábula de la tortuga y de la liebre:

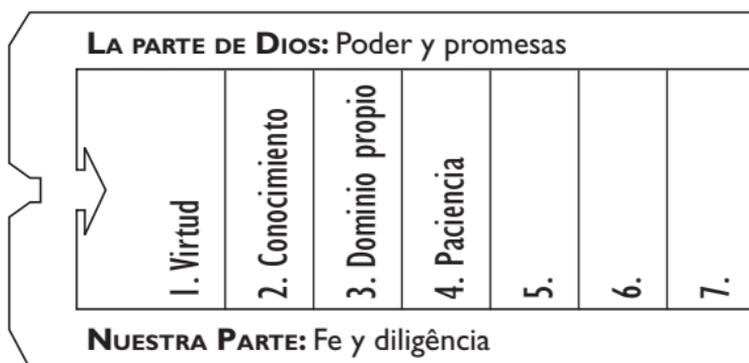
Con celeridad la liebre saltó; Y lenta la tortuga se

lanzó; Pero cuando la carrera terminó; La persistencia fue la que venció.

La verdadera prueba es la persistencia. Y es por eso que Pedro añade otro peldaño a la escalera de la fe.

PASO 4: El dominio propio necesita paciencia

- Nos ayuda a terminar lo que hemos comenzado (Filipenses 3:13,14).
- Nos capacita para seguir a Cristo (Hebreos 12:2).
- Nos capacita para amar (1 Corintios 13:7).
- Nos capacita para probar nuestra fe (Santiago 1:3).



Después de hablar de una fe diligente que progresa por medio de la virtud, el conocimiento y el dominio propio, Pedro les dice a sus lectores cristianos que añadan la paciencia a este dominio propio. ¿Por qué la paciencia?

- Desarrolla el carácter (Romanos 5:4).
- Da como resultado la madurez (Santiago 1:4).
- Da como resultado la promesa de Dios (Hebreos 10:36).
- Da como resultado la dicha (Santiago 5:11).

- Da como resultado la aprobación de Dios (2 Timoteo 4:7,8).

Detengámonos ahora a reflexionar en el progreso que Pedro establece. La paciencia no es una virtud más aislada que las otras. Es posible sólo allí donde haya primero un dominio propio, que sea el resultado de un pensamiento correcto, que sea a su vez resultado de un deseo de hacer lo correcto, que sea resultado de confiar en Cristo. Todas se mantienen o caen juntas en el estrecho vínculo de la diligencia.

Pero preguntemos otra vez: ¿por qué la paciencia? Porque en este mundo vamos a tener problemas. Jesús lo anunció (Juan 16:33). Tendremos problemas por la debilidad de nuestros cuerpos, que están destinados a morir. Tendremos problemas por los errores de los demás. Tendremos problemas porque la gente aborrecerá

nuestra fe. Tendremos problemas porque Dios pondrá a prueba y desarrollará nuestra relación con Él.

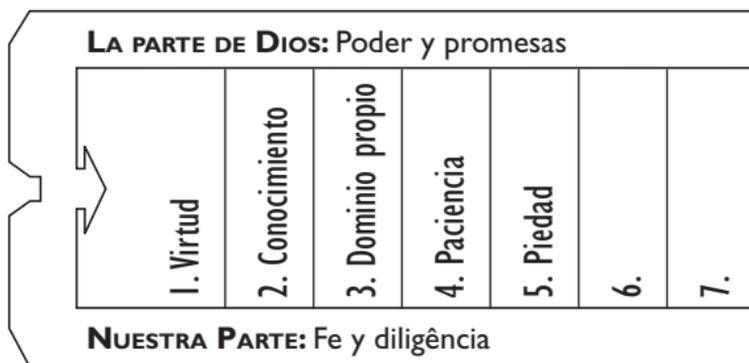
Pero no nos dejemos caer en la autocompasión ¿Qué persona de éxito, productiva, en cualquier disciplina de la vida, puede llegar a su meta sin paciencia?

- ¿Qué atleta?
- ¿Qué educador?
- ¿Qué músico?
- ¿Qué ejecutivo?
- ¿Qué cónyuge?

Todo el mundo se esfuerza y enfrenta los problemas para obtener lo que considera valioso y aferrarse a ello. ¿Quién debería estar más dispuesto a ejercer la paciencia que aquel que tiene la mirada puesta en Dios? Y por ello es tan adecuado que Pedro pase a darnos el siguiente paso.

PASO 5: La paciencia necesita piedad

acercarnos a Dios, imitar a Dios, agradecer a Dios y



El cristiano no soporta los problemas para conseguir logros materiales. Lo hace «pensando en Dios, y con la mirada puesta en el desarrollo de la piedad».

Esa es nuestra meta. No estamos aquí meramente para abrirnos paso por la vida porque sea algo que valga la pena. Tampoco se nos llama a tener paciencia sólo para guardar las apariencias, evitar la vergüenza o escapar al ridículo. Se nos llama a tener paciencia para que podamos seguir a Dios, mostrar confianza en Dios,

reflejar a Dios ante los demás. El cristiano es, por definición, alguien llamado a una relación con Dios; alguien llamado a ser conformado al carácter de Dios; llamado a caminar con Dios como lo hizo Cristo; llamado a vivir por el poder de Dios.

Todo lo que hacemos debería estar motivado por una perspectiva que tiene a Dios en cuenta. Deberíamos reconocer al Señor en todas las cosas (Proverbios 3:5-7). Deberíamos procurar agradecer al Señor en todas las cosas (Colosenses 1:10).

Deberíamos entrenarnos en toda diligencia para poder tener la energía necesaria para la piedad (1 Timoteo 4:7).

- Por cuanto Dios es misericordioso, nosotros deberíamos ser misericordiosos (Lucas 6:36).
- Por cuanto es un Dios de amor, nosotros deberíamos amar (1 Juan 4:7-11).
- Por cuanto Dios es santo, nosotros deberíamos ser santos (1 Pedro 1:15,16).
- Por cuanto Dios es veraz, nosotros deberíamos ser veraces (Juan 8:26; 1 Juan 3:18).
- Por cuanto Dios es bueno, nosotros deberíamos ser buenos (Salmo 34:8,14).
- Por cuanto Dios es paciente, nosotros deberíamos ser pacientes (Romanos 15:5; 1 Timoteo 6:11).

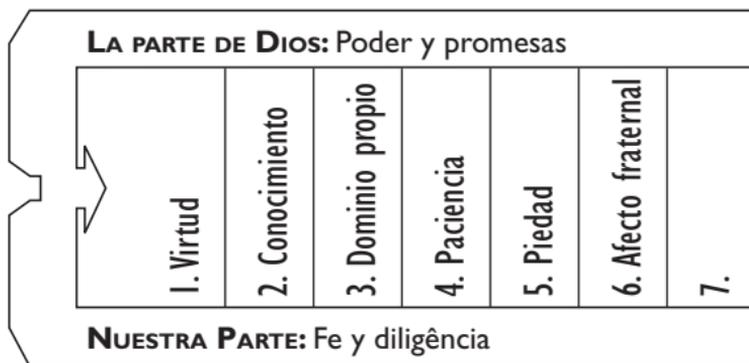
- Por cuanto Dios tiene dominio propio, nosotros deberíamos tener dominio propio (Éxodo 32:9-14; 1 Corintios 9:25).

Pero esto suscita algunas preguntas. ¿Por qué Pedro menciona la piedad como el quinto paso? ¿Por qué no el primero? O, más importante aún, ¿por qué no hace de esta cualidad el séptimo y último peldaño de la escalera cristiana?

La respuesta se encuentra en la misma naturaleza del Dios que hemos descrito. Él nos busca por amor. De manera similar, también nosotros debemos acercarnos a los demás viviendo una vida piadosa. La vida piadosa no es un fin en sí misma. Es por eso que Pedro fue inspirado a hacer de la piedad el quinto paso. Éste, a su vez, nos lleva al siguiente.

PASO 6: La piedad necesita afecto fraternal

Pittsburg la adoptó como himno, muchos de sus



En otras palabras, Pedro estaba diciendo que la persona piadosa no es una persona estirada, un hombre de hojalata sin corazón ni un santo clérigo con la cabeza en las nubes. Los que son verdaderamente piadosos entre nosotros son los que se preocupan por sus hermanos y hermanas. Los que realmente aman al Padre son los que aprenden a amar a los hijos del Padre con amor fraternal.

Como dice una canción popular: «Somos familia». Cuando el equipo de béisbol Los Piratas de

seguidores experimentaron un sentimiento de afecto. Hay algo muy positivo en el espíritu de afecto familiar y cariño fraternal. Y en ninguna parte tiene mayor significado que en la familia de Dios, que incluye múltiples razas y naciones. Pablo dijo:

El amor sea sin fingimiento. Aborreced lo malo, seguid lo bueno. Amaos los unos a los otros con amor fraternal; en cuanto a honra, prefiriéndoos los unos a los otros. En lo que requiere diligencia, no

perezosos; fervientes en espíritu, sirviendo al Señor; gozosos en la esperanza; sufridos en la tribulación; constantes en la oración; compartiendo para las necesidades de los santos; practicando la hospitalidad (Romanos 12:9-13).

Todo está ahí. Pablo también se dio cuenta de que la bondad, el conocimiento, el dominio propio, la paciencia y la piedad forman parte de una vida y una relación con Dios que produce afecto fraternal.

Alguien preguntará: «¿Por qué, entonces, no abunda más esta actitud entre los cristianos en la actualidad? ¿Por qué tanta envidia, orgullo, disputas y peleas?»

Bueno, admitámoslo. Siempre ha habido familias con problemas. Siempre ha habido familias que no se han dado cuenta de lo

mucho que se necesitan unos a otros. Siempre ha habido hermanos y hermanas que se comportan como perro y gato, actuando más como animales que como personas hechas a imagen de Dios.

Tenemos que ser realistas. A la luz de lo que hemos dicho hasta ahora, el afecto fraternal regirá sólo allí donde haya personas piadosas. Y éstas llegan a ser piadosas sólo cuando están dispuestas a soportar relaciones y circunstancias que no son ideales para poder caminar con Dios. El afecto fraternal aparecerá sólo allí donde haya hombres y mujeres con dominio propio, donde estén aquellos que conocen la Palabra de Dios, donde estén los que deseen hacer lo correcto para poder demostrar su fe en Dios.

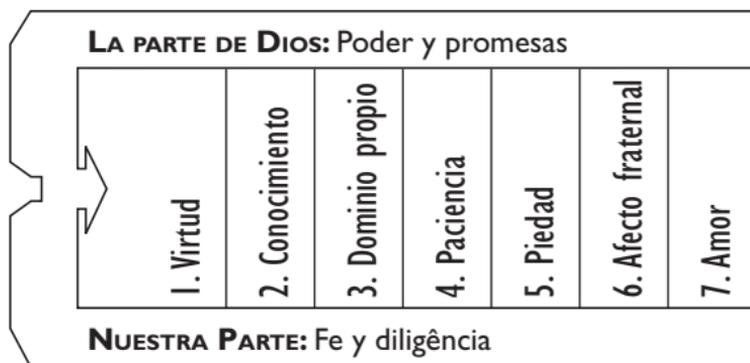
Si carecemos de afecto fraternal se debe a que no estamos llevando a cabo el plan de Pedro. No estamos

siguiendo la respuesta de Dios para obtener lo que se necesita para vivir la vida cristiana.

Ahora estamos listos para considerar el paso último y definitivo de la vida cristiana.

PASO 7: El afecto fraternal necesita amor

exige la Biblia. Es la clase de amor que Cristo pidió a sus discípulos cuando les dijo: «Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis



Este es el último peldaño estratégico que Pedro nos da. Una vez más se debe señalar que no está hablando de un amor cualquiera. Más bien se está refiriendo a un amor que depende de los seis peldaños que lo preceden. Es la clase de amor que

amor los unos con los otros» (Juan 13:34,35).

Cristo elevó la norma del amor por encima del nivel del afecto fraternal. Nuestro concepto del amor no puede seguir siendo amar a los que nos aman. Cristo amó no sólo a sus amigos y hermanos, sino también a

sus enemigos. Sacrificó su propio bienestar para ir al rescate de aquellos que le eran hostiles (Romanos 5:8). Por eso podía decir:

Pero a vosotros los que oís, os digo: Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os aborrecen; bendecid a los que os maldicen, y orad por los que os calumnian. Al que te hiera en una mejilla, preséntale también la otra; y al que te quite la capa, ni aun la túnica le niegues. A cualquiera que te pida, dale; y al que tome lo que es tuyo, no pidas que te lo devuelva. Y como queréis que hagan los hombres con vosotros, así también haced vosotros con ellos. Porque si amáis a los que os aman, ¿qué mérito tenéis? Porque también los pecadores aman a los que los aman. Y si hacéis bien a los que os hacen bien, ¿qué mérito tenéis? Porque también los pecadores hacen lo mismo.

Y si prestáis a aquellos de quienes esperáis recibir, ¿qué mérito tenéis? Porque también los pecadores prestan a los pecadores, para recibir otro tanto. Amad, pues, a vuestros enemigos, y haced bien, y prestad, no esperando de ello nada; y será vuestro galardón grande, y seréis hijos del Altísimo; porque él es benigno para con los ingratos y malos (Lucas 6:27-35).

Es también importante que nos demos cuenta de que este último paso no es como un crédito extra para alguien que haya ya conseguido un «sobresaliente» en la asignatura. Pablo dijo claramente en 1 Corintios 13:1,2 que por muchas cualidades buenas que tengamos, si no tenemos amor, la suma total sigue siendo cero. La fórmula matemática de estos versículos podría expresarse de esta manera:

- (La más elevada elocuencia)
- + (conocimiento de todos los misterios)
- + (fe suficiente para mover montañas)
- + (venta de todo lo que se posee para darlo a los pobres)
- + (entrega de la vida como mártir)
- Amor
- = ningún provecho personal (13:1,2).

Las obras cristianas nobles tienen valor para la persona sólo cuando a eso se le añade amor.

LOS RESULTADOS DE LOS SIETE PASOS

Según Pedro, si seguimos constantemente estos siete pasos podemos esperar mucho (2 Pedro 1:8-11).

- No seremos improductivos en nuestro conocimiento

de Cristo ni en nuestra relación con Él (v.8).

- No seremos ciegos hasta el punto de no ver lo mucho que Dios ha hecho por nosotros (v.9).
- Con nuestra diligencia y acción demostraremos nuestra fe y la llevaremos a la madurez (v.10).
- No tropezaremos ni nos caeremos por el camino en lo que respecta a nuestro progreso y peregrinación espiritual (v.10).
- Podemos esperar con gozo una amplia y triunfante entrada al reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo (v.11).

Por lo que a Pedro concernía, valía la pena vivir y morir por estos resultados. Eran algo que él quería enseñar a aquellos que habían comenzado la vida cristiana, pero que se habían desviado por el camino.

LO QUE LOS SIETE PASOS NO SON

1. No son cronológicos.

El dar estos siete pasos no implica que sólo se pueda trabajar en uno a la vez. No es cuestión de virtud en enero, conocimiento en febrero y dominio propio en marzo. Todos están demasiado entrelazados como para poder separarlos. Lo que hacen los siete pasos es esto: nos muestran que Dios no busca en nosotros simplemente amor, o fe, o conocimiento. Busca todas estas características porque se combinan para producir una experiencia cristiana completa, equilibrada y progresiva.

2. No son exhaustivos.

No lo dicen todo, pero son amplios. El resto de los principios bíblicos se puede arreglar bajo estos siete peldaños. Por ejemplo, la

necesidad de orar es una cuestión de «conocimiento».

3. No son un atajo al crecimiento espiritual.

No hay ninguna forma fácil de pasar rápidamente por ninguno de estos niveles. Por eso Pedro enfatizaba la importancia de poner toda diligencia. La vida cristiana exige tanto esfuerzo como cualquier otra cosa que valga la pena hacer.

4. No son para uso exclusivo de uno.

Así como Pedro recibió este conocimiento del Señor y lo transmitió a otros, es importante que podamos «enseñar también a otros» (2 Timoteo 2:1,2). Bajo esta luz, esperamos que la ilustración gráfica y la explicación de estas páginas le ayuden a ayudar a otros a entender lo que se necesita para vivir la vida cristiana.

¡CUIDADO! HAY PELIGRO AHÍ AFUERA

Ahora que hemos examinado «El plan de Pedro» para vivir la vida cristiana, tenemos que considerar algunas de las razones por las que este plan es difícil de seguir. Según la Biblia, el cristiano tiene tres enemigos. Ellos son (1) el mundo, (2) la carne y (3) el diablo. Tenemos que comprender lo que son para poder defendernos de ellos.

EL MUNDO: EL ENEMIGO QUE NOS RODEA

Cuando el apóstol Juan les dijo a los cristianos que no amaran el mundo (1 Juan 2:15-17), identificó a un enemigo real pero impersonal. Cuando empleó el término «mundo» tenía en mente todo lo que a nuestro alrededor compete

con el Padre celestial. El mundo, en este sentido, representa todos los factores materiales, físicos y sociales que compiten con Dios por nuestra atención y afectos.

LA CARNE: EL ENEMIGO DENTRO DE NOSOTROS

Los escritores del Nuevo Testamento nos advierten acerca de un segundo enemigo: la carne. (Véanse Romanos 7:18,25; 8:1; 13:14; Gálatas 5:17-24; 6:8; Colosenses 2:23).

El término «carne» se refiere en muchos pasajes a los deseos egoístas y autogratificantes de nuestros cuerpos físicos. Pero parece que eso no es todo. Otros versículos la identifican como una inclinación hostil hacia Dios en nuestro interior, la «ley del pecado» (Romanos 7:23). Se opone a los nobles deseos que provienen del Espíritu Santo y a la nueva vida que Él ha puesto en

nosotros por medio del nuevo nacimiento.

EL DIABLO: EL ENEMIGO QUE ESTÁ ENCIMA DE NOSOTROS

El tercer enemigo, el diablo, es un decidido oponente de todo crecimiento espiritual. Según Pedro, «como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar» (1 Pedro 5:8). Es el padre de la mentira (Juan 8:44) y tiene una gran hueste de colaboradores dispuesta contra nosotros (Efesios 6:12). Sin embargo, Satanás no puede quebrantar nuestra confianza en Dios ni nuestro amor por Él a menos que le demos la oportunidad (Santiago 4:7). Aunque se trata de un enemigo formidable, no tenemos que aturdirnos en derrota espiritual por su culpa.

Tenemos esta promesa: «Mayor es el que está en vosotros [el Espíritu Santo]

que el que está en el mundo [Satanás]» (1 Juan 4:4). Al rendirnos al Espíritu Santo podemos experimentar la victoria espiritual por medio de su poder. «Resistid al diablo —escribió Santiago— y huirá de vosotros» (4:7).

LO QUE LA HISTORIA NOS ENSEÑA

Simeón Estilita era un hombre admirado por sus contemporáneos. Los últimos treinta y seis años de su vida los vivió en una plataforma de un metro de ancho sobre una columna. En sus esfuerzos por demostrar su negación del yo y su devoción a Dios, Simeón Estilita (390–459) probó diferentes métodos. Pasó varios meses enterrado hasta el cuello, intentó vivir en una celda durante unos 10 años, y pasó tiempo en diferentes monasterios. Pero

nada satisfizo sus deseos de mostrar devoción a Dios. Finalmente, Simeón tuvo otra idea: subió a una columna de tres metros de altura, haciendo de ella su hogar. Después de varias adiciones, la columna llegó a medir unos dieciocho metros. Aunque algunos se burlaban de él, esto no inmutó a Simeón. Estaba tratando de vivir una vida cristiana devota hasta donde pudiera.

A lo largo de la historia, los cristianos han intentado comprender y lograr la semejanza a Cristo a la que nos llama la Biblia. Éstas son algunas de las maneras en que personas del pasado han optado por vivir la vida cristiana.

La vida en solitario:

en los primeros siglos del cristianismo, muchos pensaron que la mejor manera de alcanzar la comunión con Dios era alejarse de los hombres. Simeón Estilita es un

ejemplo. Un grupo conocido como los Bosci vivía por los campos y comía hierba como el ganado. Un ermitaño logró gran admiración (especialmente a favor del viento) porque nunca se bañaba ni se cambiaba de ropa. Y otro hombre anduvo desnudo por el desierto cerca del monte Sinaí durante 50 años.

Algunos de los que decidieron aislarse del mundo pensaron que podrían escapar mejor de sus tentaciones conviviendo con otros que compartieran sus ideas. Se establecieron monasterios que vinieron a ser importantes centros de enseñanza y de actividad misionera.

La vida legalista:

siempre ha habido personas que han creído que la verdadera espiritualidad se encuentra en los ritos y las reglas. En la época del Nuevo Testamento, por ejemplo, había

quienes creían que los cristianos debían seguir las exigencias de la ley del Antiguo Testamento (véanse Hechos 15, Gálatas, Colosenses). El legalismo exalta las apariencias externas y la actividad religiosa, descuidando las cualidades interiores de la vida cristiana. Son muchos los que en nuestro mundo actual creen que están bien con Dios por lo que hacen o dejan de hacer, no por su relación personal con Jesucristo.

La vida sin ley: cuando los creyentes sobreenfatizan la gracia de Dios y descuidan su santidad, caen en la trampa de vivir sin ley. Los cristianos de épocas pasadas han dicho que por cuanto Cristo satisfizo las exigencias de la ley de Dios, ya no tenemos que preocuparnos por comportarnos conforme a Sus santos principios. Decían: «Podemos pecar cuanto queramos». El

apóstol Pablo previó esta clase de conducta en su carta a los cristianos en Roma (Romanos 6).

La vida de perfección: Pelagio (c. 400) enseñó que la naturaleza básica del hombre no se corrompió por la caída. Y sobre esa base afirmó que podemos vivir sin pecado cuando la gracia de Dios nos ayuda. Un sistema religioso de nuestros tiempos destaca que cuando una persona es bautizada para ser limpiada del pecado original, y recibe luego gracia adicional por medio de los otros sacramentos de la iglesia, tiene entonces la capacidad de actuar en perfecta obediencia a las leyes de Dios.

Juan Wesley (1703–1791) tenía un concepto bien diferente de la vida de perfección. Él habló acerca de una segunda obra de la gracia de Dios (tras la salvación) en la que se erradica la raíz pecaminosa del hombre y

se perfeccionan el motivo y la voluntad.

La vida de lucha:

Agustín (354-430) enseñaba que la perfección escapa incluso a los más intensos esfuerzos humanos ayudados por la gracia de Dios. Su solución es que Dios obra para producir en nosotros todo lo que demanda de nosotros («Dios da lo que exige»). Los reformadores protestantes edificaron sobre los principios básicos de Agustín, y los actuales maestros de las tradiciones luterana y reformada continúan ese énfasis.

La santidad de la vida de lucha destaca que incluso aunque se pueda esperar la victoria sobre el pecado a lo largo del camino, estamos siempre en guerra contra Satanás. La vida cristiana debe ser un andar en el que el creyente dependa total y humildemente del Espíritu Santo mientras persigue activamente la meta de la

semejanza a Cristo mediante la disciplina y la actividad espirituales.

La vida de reposo:

Desde el siglo pasado hay un grupo que proclama que el secreto de la vida cristiana es «dejar de actuar y dejar a Dios actuar». Por medio de la influencia de la Convención de Keswick, que se celebra anualmente en Gran Bretaña desde 1875, esta enseñanza ha conseguido muchos seguidores. Los grupos de Keswick mantienen que mediante un apoyo consciente en el Espíritu Santo, y por medio de la invocación de Su poder en toda tentación, el creyente puede elevarse por encima del pecado y vencer la naturaleza pecaminosa. Los cristianos son alentados a dejar de luchar para ser santos y a confiar en Jesús para que les dé la victoria sobre el pecado. En efecto, prometen la victoria sobre todo pecado conocido si

el creyente se considera muerto al pecado y vivo para Dios (Romanos 6:11), y si reposa en Jesús y en el Espíritu.

Estos conceptos históricos de cómo se ha de vivir la vida cristiana son un reflejo del conflicto que el hombre siempre ha tenido contra el pecado. Algunos en la actualidad han abandonado la batalla; otros fingen que ya no existe. Nuestra oración es que este librito le haya ayudado a encontrar la verdadera respuesta en la Palabra de Dios.

CÓMO RESOLVER PROBLEMAS DE LA VIDA CRISTIANA

¿Cómo le va en su andar personal con Dios? ¿Está progresando? ¿O ha dejado de avanzar? Aquí le proponemos unas

preguntas que le servirán de ayuda para lidiar con los problemas de su propia vida espiritual.

- ¿Me apoyo constantemente en Dios?
- ¿Me esfuerzo por complacer a Dios?
- ¿Realmente deseo obedecer a Cristo?
- ¿Estoy aprendiendo de la Biblia?
- ¿Pongo en práctica lo que aprendo?
- ¿He abandonado el esfuerzo en algunas áreas?
- ¿Estoy incorporando aspectos del carácter de Dios en mi vida?
- ¿Amo a mis hermanos en la fe?
- ¿Estoy dispuesto a amar a mis enemigos?
- ¿Estoy luchando contra la carne?
- ¿Estoy luchando contra el sistema del mundo?
- ¿Estoy resistiendo a Satanás en el poder del Espíritu Santo?

PODER PARA VIVIR

Todo cristiano debe crecer espiritualmente. Este acróstico le servirá de ayuda para que recuerde los elementos esenciales del progreso espiritual.

Pida. El cristiano que quiera crecer se comunica con Dios por medio de la oración. Le expresa su gratitud, confiesa sus pecados, y acude a Él con sus ruegos para sí y para otros. Dios promete estar cerca de todos los que acudan a Él en oración (Salmo 145:18).

Obedezca. En Juan 14 Jesús dijo que nuestra obediencia a Sus mandamientos constituye un indicador de nuestro amor por Él (vv.15,21,23). Pero no podemos lograr esta obediencia con nuestras propias fuerzas. Esa es una de las razones por las que nos dio el Espíritu Santo

(vv.16,17). Al rendirnos a Su voluntad, el Espíritu nos da el poder para andar en obediencia (Gálatas 5:16-25).

Dedíquese a Dios. La devoción de un cristiano a Dios debe ser continua. En privado, debe adorar a Dios en sus pensamientos y oraciones (Salmo 34:1). En público, debe reunirse con hermanos en la fe en una asamblea local para dar alabanza a Dios (Salmo 111:1; Hebreos 10:24,25).

Evangelice. Las buenas nuevas del evangelio han de compartirse. Cuando contemos a otros lo que Cristo ha hecho por nosotros, creceremos espiritualmente más y más (Mateo 28:19,20).

Repase la Biblia. La fuente más directa de crecimiento espiritual del cristiano es la Biblia. Debe leerse con regularidad porque es su leche y vianda (1 Pedro 2:2 Hebreos 5:12-14). Nos dice cómo

vivir (Salmo 119:105). Es la palabra de Dios para nosotros hoy.

PRECAUCIÓN: UNA VÍA

Tenga en cuenta que los siete pasos de Pedro no hacen cristiana a una persona. Lo único que pueden hacer es mostrar cómo alguien que ya es cristiano puede crecer en su relación con Cristo.

Si no entendemos eso, cometemos el error de aquellos de quienes Pablo escribió en Romanos 10:1-3. Aunque tenían celo por Dios, pensaban que podían ganarse el camino a Él.

Bajo esta luz, recuerde que según el Nuevo Testamento sólo podemos llegar a ser cristianos si nos apoyamos completamente en lo que Cristo hizo por nosotros. Él murió por nuestros pecados en la cruz y luego resucitó de entre los

mueertos para probar que su sacrificio era suficiente. Ahora ofrece llevar a su Padre a todos aquellos que confíen en Él.

No trate de vivir la vida cristiana hasta que haya aceptado personalmente a Cristo como Salvador y Señor. Considere los siguientes versículos:

Así que, somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogase por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios. Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él (2 Corintios 5:20,21).